



TXANGOT: NEGU NUKLEARRA ¿QUIEN CONOCE EL INVERNADERO?

La primera impresión al entrar por primera vez en el estudio de grabación, supongo que es la misma que debe experimentar una antxoia, todavía viva, cuando es introducida en la cámara frigorífica a la espera de ser envasada con cuatro compañeras más en una lata. Por lo menos eso sentí yo a la vista de esas cámaras insonorizadas cuyos accesos consisten en dobles puertas con cerraduras como las que ya había tenido ocasión de observar en los pabellones de la PYSBE, en San Juan.

Los días que siguieron no hicieron más que confirmar mis temores psicólicas. Cualquier resquicio de la idealización que tuviera sobre el ambiente que se puede respirar en la envasadora de sueños (fotos y reportajes de grupos famosos, todos sonrientes alrededor de una mesa de mezclas atiborrada de cervezas) desapareció por completo. En su lugar sólo quedaba inseguridad e incluso desesperación en algún momento. Intentaré explicar esto.

Tanto en el local de ensayo, como en las actuaciones en directo, un tema es un todo indivisible que presupone la validez de todos sus ingredientes (como el valor en la «mili»). Pero la grabación exige una previa disección del mismo ya que los instrumentos se irán insertando de uno en uno. Incluso lo que en una interpretación en directo realiza un sólo instrumentista puede subdividirse en varias tomas.

A mí, al menos, y creo que a mis compañeros también, el oír una misma canción treinta o cuarenta veces en un día (desde el esqueleto hasta ir vistiéndolas poco a poco), me hizo reconsiderar la validez de cada fragmento que iba grabando. La unidad que debe tener todo tema se descompuso ante mis oídos en piezas; como un «puzzle» imposible de resolver. Creo que, en esos momentos, todos tuvimos la tentación de mandarlo todo al cuerno.

Supongo que esto es debido en parte a la inexperiencia y en parte a la precaria infraestructura del rock en Euskadi, paradójicamente con la proliferación de grupos autóctonos que tienen relevancia incluso a nivel estatal.

Las productoras que existen no son especializadas. Es decir, hoy producen a un grupo de rock y mañana empiezan con uno de trikitixa. Y con esto no pretendo poner en duda la buena intención de estas productoras, sino la posibilidad de abarcar la diversidad de producciones que el panorama local ofrece ahora mismo. Esta

diversidad exige parámetros diferentes para cada producción, ya que evidentemente, la expresión del folklore, de lo clásico o del rock (sin entrar en sus respectivas subdivisiones), necesitan tratamientos formales (digase técnicos) también diferentes.

Que quede claro que el esfuerzo de estas empresas que siguen en la brecha a pesar de unos condicionamientos claramente adversos, tienen el reconocimiento del que suscribe. Desde aquí mis simpatías. Porque no es fácil subsistir en un mercado como el de Euskadi. O a ver quién encuentra la fórmula idónea que equilibre la posibilidad de recepción de un disco (en euskera) y sus costes de producción, promoción, distribución, etc. La desproporción es tal que ni las subvenciones del Gobierno Vasco, ni las buenas intenciones son suficientes para que los factores adversos, en vez de sumarse se multipliquen.

En cuanto a la promoción deficiente de la producción musical euskaldún, basta fijarse en que los que siguen siendo rentables son los que se consagraron en una época bastante lejana, por motivos que son de sobra conocidos, aparte de los estrictamente del medio, que no los niego.

Y, hablando de la parcela que más me atañe, no creo que los ejemplos de Itoiz o Hertzainak, por hablar de los más conocidos por nombre y méritos de los grupos euskoparlantes del momento, vengán a hacer otra cosa que corroborar lo antes dicho. Una anécdota al respecto: músicos euskaldunes son más conocidos (dentro de Euskadi, que es lo más lamentable) por sus colaboraciones con grupos estatales que por sus composiciones en lengua vernácula.

Volviendo al disco que acabamos de presentar, y para terminar, sólo aclarar que no me voy a permitir una valoración del mismo; ya que no quiero incurrir en la falta de objetividad que presenta un padre al juzgar a su hijo: o bien son todo parabienes o en caso contrario, la culpa es siempre de las malas compañías, de los profesores, etc., pero nunca de uno mismo.

Sólo he querido hacer una exposición de lo que ha supuesto para nosotros, la experiencia de realizar este trabajo. Si no lo he conseguido, servirá de excusa quizá, que lo firma un guitarrero y no un periodista. Igual es algo ¿o no?